



Contribuciones desde Coatepec
ISSN: 1870-0365
rcontribucionesc@uaemex.mx
Universidad Autónoma del Estado de México
México

El papel del historiador en la reinterpretación y construcción de la historia

Díaz Luna, Ximena; Salazar Gómez, Viridiana; Herrera Castañeda, Mariel

El papel del historiador en la reinterpretación y construcción de la historia

Contribuciones desde Coatepec, núm. 35, 2021

Universidad Autónoma del Estado de México, México

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28167899005>



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional.

El papel del historiador en la reinterpretación y construcción de la historia

The role of the historian in the reinterpretation and construction of history

Ximena Díaz Luna

Universidad Autónoma del Estado de México, México

ximenushka@gmail.com

Redalyc: [https://www.redalyc.org/articulo.oa?](https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28167899005)

id=28167899005

Viridiana Salazar Gómez

Universidad Autónoma del Estado de México, México

viridianasalazar.1823@gmail.com

Mariel Herrera Castañeda

Universidad Autónoma del Estado de México, México

marhiel66@gmail.com

Recepción: 10/01/2020

Aprobación: 14/07/2020

RESUMEN:

A través de una revisión de las teorías de la congruencia y de la correspondencia se pretende reflexionar sobre la objetividad y la interpretación de la verdad en la historia como disciplina. El resultado de este ejercicio concluye que la reinterpretación de los procesos históricos forma parte del quehacer constante del historiador para generar nuevas explicaciones que reivindican su función como científico social.

PALABRAS CLAVE: Historia, Objetividad, Verdad, Congruencia, Correspondencia.

ABSTRACT:

The present article is a review of the theories of congruence and correspondence intended to reflect on objectivity and the interpretation of truth in this discipline. The result of this exercise concludes that the reinterpretation of historical processes is part of the historian's constant work to generate new explanations related to objective historical knowledge that vindicate his role as a social scientist.

KEYWORDS: History, Objectivity, Truth, Congruence, Correspondence.

¿QUÉ ES UN HECHO?

El universo no solo tiene una historia, sino cualquier historia posible. STEPHEN HAWKING

El presente artículo aborda algunos de los problemas que enfrenta el historiador en la construcción del conocimiento histórico. A través de una revisión de las teorías de la congruencia y de la correspondencia se pretende reflexionar sobre conceptos fundamentales como verdad, objetividad, hecho histórico y fuente.

La necesidad de abarcar nuevas explicaciones que permitan entender mejor el pasado implica abandonar el absolutismo en el tema historia-verdad, además de constituir un incentivo para aguzar la mirada crítica y ampliar los horizontes del conocimiento histórico. Recopilaciones como estas son necesarias, en tanto muestran la pluralidad de puntos de vista sobre un mismo tema y sirven como introducción general para los no versados en la materia.

En su trabajo, los historiadores se enfrentan a ciertos cuestionamientos: la certeza de que las reconstrucciones de los fenómenos históricos dan cuenta de lo realmente sucedido, la posibilidad de conocer el pasado por su conducto y la pertinencia de determinar qué tan válido resulta el conocimiento generado

por ella. Estos surgen a raíz de que algunos historiadores estructuran diferentes relatos y explicaciones sobre un mismo suceso del pasado —así, lo hoy tenido por cierto en unos años será refutado por algún historiador con miras a formular su propio relato—, de manera que los postulados establecidos en determinada época son cuestionados y desmentidos por otros en el futuro, quienes a su vez construirán sus propias explicaciones.

Para ejemplificar mejor este problema se toma como referencia el ejercicio realizado por Agnes Heller (1982), quien compara el trabajo del historiador con la labor de investigación realizada por los protagonistas de la novela *Los hijos del capitán Grant*, de Julio Verne (1998). Donde se cuenta que el 26 de julio de 1864, el Duncan cruzaba el Canal del Norte; de pronto, uno de sus tripulantes vio un pez que, al parecer, era muy raro para aquellas aguas y resultó ser un tiburón; decidieron capturarlo. Cuando se disponían a arrojarlo, ya muerto, de vuelta al mar, alguien se percató de que había una botella alojada en su vientre: la sacaron con cuidado.

Por curiosidad comenzaron a investigar: en su interior descubrieron unos papeles, a los que llamaron *documentos*. Eran tres escritos, cada uno en diferente lengua; el agua y el tiempo habían borrado el texto y solo quedaban, en algunas líneas, unas cuantas palabras o fragmentos de ellas: el mensaje parecía no tener sentido. Los ahora investigadores combinaron los fragmentos legibles de los documentos y dedujeron que un barco llamado Brittany había zarpado de Glasgow el 7 de junio de 1862; sus marineros habían arrojado la botella con un pedido de ayuda en la latitud 37° 11' sur.

La tripulación del Duncan siguió buscando información sobre el destino del Brittany; descubrieron en un periódico local que el nombre del capitán era Grant; luego, publicaron la poca información que tenían sobre el destino del barco. Entonces, aparecieron los hijos del capitán Grant, quienes les pidieron que buscaran a su padre y su barco.

Los tripulantes del Duncan volvieron a analizar los documentos y, gracias a sus conocimientos de geografía y navegación, concluyeron que el Brittany se había hundido en la Patagonia; en ese momento todo encajaba para ellos: estaban seguros de haber descubierto lo sucedido con el Brittany. El Duncan se dirigió a la Patagonia para buscarlo, pero al llegar, se percataron de que ahí no estaba el capitán; frustrados, volvieron a revisar los documentos una y otra vez; ahora, la teoría de la Patagonia les parecía absurda.

Después de revisar varias veces las evidencias, se convencieron de que el Brittany había naufragado en Australia; todo parecía encajar una vez más con esta nueva teoría. Decidieron partir, pero tampoco ahí encontraron al capitán ni a su tripulación. Gracias a unas notas periodísticas sobre Nueva Zelanda, los marineros del Duncan se convencieron de que Grant debía estar en ese país; no sorprende que, cuando llegaron a la isla, tampoco lo encontraron. Por obra casi de la casualidad, y por otras razones independientes de la búsqueda, llegaron a la isla Tabor, donde estaba el capitán Grant: les explicó el contenido de los documentos y lo ocurrido con el Brittany.

Como se observa, el relato anterior parece equiparar la investigación de los tripulantes del Duncan con la labor del historiador, pues, a grandes rasgos, ambos intentan explicar un suceso del pasado. Sin embargo, esta comparación reviste mayor complejidad, en tanto el objeto de estudio de los investigadores en ciernes, es decir, la tripulación del Duncan, se ceñía a responder qué había pasado con el Brittany y dónde estaba el capitán. Por el contrario, para los historiadores, los objetos de estudio resultan más complejos; involucran a otros actores, diversos aspectos de la realidad y un periodo más amplio, mientras el tratamiento de las fuentes se ciñe a metodologías que permiten su interpretación objetiva. A excepción de la historia natural, el objeto de estudio de la disciplina histórica se centra en la actividad humana, por ello, la historia no puede prescindir de la dimensión social (Gallegos, 2018).

Como única fuente de información, los tripulantes del Duncan tenían tres papeles incompletos que ni siquiera estaban en su lengua, por lo que las diferentes respuestas a su pregunta de investigación resultaron erróneas. De la misma forma, el único contacto de los historiadores con su objeto de estudio se concreta a través de las huellas dejadas, muchas veces incompletas o ilegibles.

Los historiadores, al igual que la tripulación del Duncan, interpretan documentos o fuentes y se auxilian de metodologías para formular explicaciones sobre sucesos del pasado; muchas de estas cambian con el tiempo o con la perspectiva de cada historiador, lo cual hace pensar que versiones anteriores son falsas. Desafortunadamente, no tienen la suerte de la tripulación del Duncan, pues los objetos de estudio no vendrán a ellos para explicarles qué pasó y en qué se han equivocado; así, la misión del historiador radica en buscar las fuentes, cuestionarlas, verificarlas, contrastarlas e interpretarlas, a fin de elaborar un discurso que legitime el conocimiento histórico.

Sin embargo, conviene preguntarse si este método permite que la historia se acerque a la verdad. Esta preocupación no es exclusiva de la historia: es compartida por otras ciencias. Desde la epistemología se han formulado algunas definiciones sobre el constructo *verdad*; aquí se hace hincapié en dos de ellas: como correspondencia y como congruencia. La primera teoría dice que un enunciado es cierto si corresponde a los hechos y es falso si sucede lo contrario; la segunda afirma que un enunciado es cierto si está en congruencia con otros ya aceptados como verdaderos (Walsh, 1970).

En este tenor se enmarca la definición clásica de verdad enunciada por Schaff (1972): un juicio es verdadero cuando de él se puede decir que lo que asegura existe en la realidad tal como lo dice. El problema radica en que lleva a cuestionar qué se entiende por realidad; por ello, dice Schaff (1972), se han efectuado distintos intentos para definir la verdad en términos más simples y fáciles de comprender —por ejemplo, como consentimiento universal, coherencia con el sistema, utilidad práctica—, aunque todos contradicen la definición clásica.

Así, puede afirmarse que, para la verdad como correspondencia, una teoría radica solo en la cabeza del investigador, mientras que los hechos existen, se piense en ellos o no. La pregunta se destina, entonces, a descubrir los hechos independientes a los que se debe ajustar esa perspectiva, porque se comprueban las teorías a través de otros enunciados en forma de proposición, de manera que la interpretación de la verdad como correspondencia con el hecho resulta parcial (Walsh, 1970). Los detractores de esta postura dirían que los lenguajes carecen de precisión; desde la perspectiva de Tarsky, esta postura no es viable: para definir un enunciado verdadero tendría que crearse un metalenguaje, una lengua artificial que permita leer con precisión matemática los enunciados y los procesos a los cuales se refieren las proposiciones dadas (Walsh, 1970).

La teoría de la verdad basada en la congruencia pretende definirla como una relación no entre enunciado y hecho, sino entre un enunciado y otro; afirma que un enunciado resulta verdadero si puede demostrarse que es congruente o que conviene con todos los demás enunciados aceptados (Walsh, 1970). En ella, los fragmentos separados de los conocimientos, en realidad, forman parte de un sistema, el cual, a su vez, está implícito en el enunciado de cualquiera de sus partes; esto no quiere decir que ignore la noción de *hecho*, sino que ofrece una nueva interpretación. Lo contrario sucede en la teoría de la correspondencia: el hecho resulta la conclusión de un proceso de pensamiento, lo cual no quiere decir que deba aprenderse, sino ser probado (Walsh, 1970).

El conocimiento científico se construye a partir de los preceptos establecidos por el paradigma imperante en su tiempo, dentro de un contexto histórico-social constituido por valores cognitivos dependientes de la comunidad científica que lo valida (Kuhn, 2004). En este sentido, conviene considerar la visión kuhiana sobre el sujeto investigador, es decir, quien se relaciona con sus objetos de estudio de manera predeterminada por el conjunto de saberes y experiencias de su entorno, por lo cual no es neutral frente a la realidad (Osorio, 2002).

La teoría de la verdad como congruencia, en la historia, radica esencialmente en el argumento de que las verdades son relativas; los especialistas afines a ella postulan que, aunque el historiador asegure que todo pasado está acabado, lo que realmente cree acerca de él está en función de los testimonios disponibles en el presente y su capacidad para interpretarlos (Walsh, 1970).

El problema con esta teoría, según sus detractores, consiste en que impide la construcción de un cuerpo de verdades históricas, por lo que, si no es posible afirmar la existencia de hechos considerados ciertos, tampoco puede partirse de una base sobre la cual el historiador construya (Walsh, 1970); por ejemplo, el historiador no puede negar hechos concretos como que Colón llegó a América en 1492 ^[1] o que la reina Victoria subió

al trono en 1837. Una respuesta a estos detractores puede ser que la teoría de la congruencia no niega la probabilidad de los hechos, más bien propone que todos están sujetos a revisión en la medida que aumenta el conocimiento. Otra de las críticas a la teoría de la congruencia es que pretende afirmar que no hay un pasado fijo y acabado, divorciado del presente, pues las únicas pruebas que tenemos de su existencia son las que vemos en él. Esto se traduce en la frase de Croce: “toda historia es historia contemporánea” (Walsh, 1970: 105). Para Hyden White los historiadores tenían una concepción ingenua sobre la relación entre la historia y la verdad como correspondencia. Por su parte, Chartier afirma que la negación como correspondencia no significa el abandono de la búsqueda de la verdad (Araujo, Álvarez y Medina, 2013).

Walsh propone un punto medio entre las teorías de la verdad como correspondencia y como congruencia, en el que las huellas del pasado —o la memoria— dan acceso a él sin imponer una verdad absoluta. De esta forma puede aspirarse a un espacio de contacto con los acontecimientos ya ocurridos que permita comprobar las reconstrucciones elaboradas. El único criterio de verdad disponible en historia y otras ramas del conocimiento —dice Walsh (1970)— es la congruencia interna de las creencias erigidas sobre esas huellas del pasado.

En los años setenta del siglo XX, la creencia tradicional de que una investigación histórica racional permite llegar a un conocimiento auténtico del pasado fue criticada por una nueva generación de teóricos de la historia influidos por el giro lingüístico (Aurell, 2004). La postura decimonónica apoyada en la fase de Ranke —“el pasado está en los documentos”— es muestra de la supuesta objetividad que la ciencia histórica intentó alcanzar al imitar los métodos de las ciencias naturales (Durán, 2019).

El giro lingüístico se caracterizó por integrar el diálogo entre distintas disciplinas sociales que, junto con nuevas metodologías, propiciaron reflexiones epistemológicas destinadas a ampliar las posibilidades del campo histórico; valoró la historiografía como un discurso regido por sus propias reglas de elaboración y legitimación. Esta perspectiva detonó nuevos enfoques, como el de Hayden White, quien consideraba en el mismo nivel de importancia tanto los resultados como la forma de representarlos; intentó abrir un espacio transdisciplinario propicio para reconceptualizar la historia y ampliar las posibilidades teóricas de la historiografía (Zermeño, 2020).

Por su parte, Michael de Certeau vio la historiografía como un discurso construido a partir de dos vertientes: el presente en el que se escribe y el pasado sobre el que se escribe; para él, la historia es al mismo tiempo práctica y también el resultado de dicha praxis. Estas nuevas herramientas teórico metodológicas permiten abordar el texto y su contexto, así como la importancia de la narrativa de la práctica histórica (Ríos, 2009).

Esto llevó a una nueva discusión: algunos investigadores consideran la historia como una operación de escritura subjetiva, ligada fuertemente a la tradición narrativa de la literatura; otros insisten en el carácter falsable de toda afirmación histórica a partir de las fuentes documentales (Dosse, 2003). Francois Dosse (2003) se sitúa en un punto medio: a pesar de considerar que la historia es escritura, llama a atender las reglas discursivas de sus fuentes y su enunciación sin quedarse atrapado en la dimensión del lenguaje.

Escribir historia implica estudiar los hechos del pasado, de ahí la necesaria pregunta: ¿qué es un *hecho* para la historia? Para explicarlo existen dos vertientes, derivadas de las teorías de la verdad, como correspondencia o como congruencia. La primera entiende los hechos como procesos acabados del pasado, mientras que en la segunda son una construcción del historiador. Los hechos admitidos por el historiador, en la teoría de la congruencia, representan las conclusiones obtenidas después de procesos de pensamiento, sistemáticamente relacionadas entre ellas, de modo que una alteración puede afectar a las demás (Walsh, 1970).

Para Benedetto Croce, como el hecho histórico ha sido pensado, la teoría de la congruencia resulta óptima, pues todo implica un proceso de reflexión (Le Goff, 2005). Esta perspectiva permite ampliar las explicaciones de los procesos históricos; la interpretación de la conquista de Tenochtitlán, atribuida exclusivamente a los españoles, constituye un ejemplo cercano. Hoy se cuenta con información que permite entender la complejidad del proceso como el resultado de una suma de factores: en este acontecimiento repercutieron la

participación de indígenas aliados con los españoles y una serie de enfermedades que menguaron la población nativa.

Por otro lado, el método de los historiadores positivistas se ciñe a la teoría de la correspondencia. Para esta corriente historiográfica no hay distinción entre un hecho en el mundo y otro como producto de una observación, por lo cual el hecho se torna sinónimo de verdad fáctica (Rivero, 2013). Esta forma de construir el conocimiento histórico se originó en el siglo XIX, cuando por primera vez se trató de dar un carácter científico a la historia.

El método positivista consiste en la revisión de la credibilidad de una fuente, la obtención de datos fácticos precisos (o hechos históricos) y su clasificación como orígenes o causas; de estos depende la veracidad de la historia como ciencia; por ello, se invalida cualquier reconstrucción que no corresponda con los datos de las fuentes y se desdénan aquellas que no aprueben la revisión de credibilidad. Para los positivistas, la teoría de la congruencia solo es posible para las ciencias exactas (Walsh, 1970), es decir, los historiadores de tal corriente no discuten sobre el pasado: nada de lo que digan puede cambiarlo; su única tarea es recoger los hechos y presentarlos.

Existe una visión intermedia que propone una distinción entre *hecho* y *hecho histórico*. Para Schaff (1972), aunque ambos son parte del pasado, la diferencia reside en el contexto en que se inserta el acontecimiento, así como en los nexos con la totalidad y con el sistema de referencia considerado; ello permite entender por qué los productos materiales y espirituales se tornan insignificantes para unos historiadores, pero históricamente relevantes para otros.

Entonces, ¿cuál es la relevancia de un acontecimiento?, ¿qué o a quiénes se le otorgan? Si bien hay acontecimientos que parecen tener una importancia *a priori*, como la Revolución francesa o la invención de la máquina de vapor —por las transformaciones que trajeron consigo—, con significaciones aceptadas por la mayoría de los historiadores, existe también otro tipo de hechos cuya importancia no resulta contundente —en cuanto parecen estar tan ocultos en la cotidianidad que no afectan a un gran número de personas—

[2] y, sin embargo, se constituyen como objeto de estudio para algunos historiadores, así sucede con una matanza de gatos (Darnton, 2018) o unas campanas del reino Makoko (Vansina, 1996). Para Vansina (1996) el historiador es quien determina la importancia del hecho: escoge los datos porque son pertinentes para su tema y ayudan a resolver la pregunta planteada como investigación; así, el historiador valida el hecho histórico, a partir de su formación y de un marco teórico referencial, para luego contrastar fuentes y teorías susceptibles de explicar el objeto de estudio; de otra manera, se vería impotente ante el caos formado por la multitud de acontecimientos.

La Escuela de los Annales, en especial la segunda generación, dio importancia a la duración de los hechos; en su combate al positivismo consideró que la historia generada por este fue casi anecdótica, mientras que privilegiaba esencialmente hechos de corta duración, al modo de una crónica de simples datos, carente de suficientes elementos para explicar el pasado (Rivero, 2013), de ahí su concentración en crear investigaciones de procesos históricos más largos. Este cambio influyó, también, en la ampliación de objetos de estudio, a partir de la consideración de fuentes que otrora eran impensables como tales.

En años recientes, la microhistoria ha planteado un resurgimiento de estos hechos de corta duración, o *acontecimientos* —como los entiende Rivero (2013)—, desatendidos por la Escuela de los Annales. Desde la década de 1970 algunas situaciones cotidianas se volvieron objeto de importantes investigaciones históricas, como la vida de un molinero italiano de 1532 (Ginzburg, 2010) o el pueblo de San José de Gracia, en Michoacán (González, 2008). Con la microhistoria, Carlo Ginzburg (2010) atiende un solo objeto de estudio en particular —que en otros tiempos habría sido percibido como un hecho aislado— y crea eslabones para entender procesos históricos más largos; en este caso, el historiador se ha concentrado en la reconstrucción de vidas de mujeres y hombres de la Edad Media, de extracción no privilegiada, para explicar procesos sociales de la época.

LAS HUELLAS DEL PASADO Y SU INTERPRETACIÓN

Como se ha señalado, el historiador solo tiene contacto con su objeto de estudio a través de intermediarios, denominados *fuentes*, que son evidencias de los hechos pasados; Marc Bloch (1975) sugiere que se trata de huellas, marcas percibibles dejadas por el pasado. A pesar de lo completa que parece esta definición, a lo largo de la historiografía, considerar o no una huella como fuente ha despertado discusiones.

Se ha mencionado en este artículo que el método positivista validaba el conocimiento histórico por la confiabilidad de las fuentes; así, se enfocaba en contar la verdad de hechos sustentados en documentos escritos, como los políticos y la vida de los líderes, pues otros aspectos de la realidad no dejaban una impronta escrita. Sin embargo, corrientes como la de los Annales o la microhistoria proponen que la interpretación del proceso histórico puede basarse en fuentes soslayadas por otros investigadores; Lucien Febvre afirmaría que la relación no es *historia = documento* sino *historia > documento* (Matute, 1999).

Por ejemplo, Raymond K. Kent (1975) contradijo la visión oficial sobre el origen de los habitantes de Madagascar, cuya tradición oral le permitió concluir que eran de África y no de Asia, como señalaban las investigaciones clásicas sobre el tema. Kent intentaba descubrir el origen de los sakalava de Madagascar y refutó a G. Grandidier, quien situaba el origen de estos habitantes en el sur de Asia, basado en relatos escritos de portugueses que comerciaban en la isla y en genealogías de las dinastías gobernantes —ambas consideradas fuentes oficiales—. Después de un análisis lingüístico, etnográfico y de relatos de la tradición oral, Kent notó que el origen de los sakalava era africano y no asiático; consideró que las fuentes oficiales no eran legítimas pues, en su mayoría, eran creadas ex profeso por las mismas dinastías para legitimar su origen; así, revaloró el uso de las fuentes orales sobre las escritas.

Para cambiar una interpretación del pasado no siempre resulta necesaria la búsqueda de fuentes alternas, pues solo hace falta una revisión de las consideradas clásicas, si bien con otra perspectiva, para poner en duda una explicación del pasado ampliamente aceptada. Como ejemplo está el origen del compositor Gaspar Fernández, a quien se atribuye gran parte de la producción musical novohispana: durante décadas se aseguró que era de origen portugués, debido a que en 1976 el musicólogo Robert Stevenson presentó al compositor como lusitano en su libro *Autores varios villancicos y portugueses*.

Por su parte, el musicólogo guatemalteco Omar Morales Abril (2013) realizó una búsqueda de pistas sobre la vida de Gaspar en orden cronológico inverso. Identificó y revisó fuentes en la catedral de Puebla, lugar donde el músico trabajó como maestro de capilla los últimos veinticinco años de su vida. Después recorrió la catedral de Guatemala donde el copista y organista trabajó previamente; en este recinto, Morales encontró algunos documentos firmados por el compositor, en los que se puede apreciar, gracias al trabajo paleográfico realizado, que el apellido Fernández era escrito por el músico con *z*, no con *s*, como aseguraba Stevenson.

El estudio de fuentes primarias, como actas y partituras, permitió a Morales Abril (2013) modificar la versión establecida previamente por Stevenson acerca del origen del músico, si bien hoy no se puede afirmar dónde nació Gaspar Fernández, hasta el momento no se han encontrado fuentes que determinen ese dato. Sin embargo, gracias a un trabajo exhaustivo de filología en torno al uso de los textos que elaboraba el organista en sus composiciones, Morales Abril encuentra aspectos que demuestran un dominio del español como lengua principal, lo cual sugiere que el músico podría ser de origen novohispano y que, evidentemente, no se formó en Europa. ^[3]

Resulta trascendente valorar las fuentes como producción contextualizada de una comunicación y no como el resultado de una experiencia interior individual; es decir, un texto —o cualquier forma discursiva empleada como fuente— deriva de las percepciones que pasan por tradiciones y convenciones (Chinchilla, 2014). Ejemplo de ello son las crónicas de la conquista de Tenochtitlán, de Bernal Díaz del Castillo y Hernán Cortés, que brindan únicamente información de la visión europea de ese suceso, sin considerar la perspectiva de los mexicas.

Ante esta nueva concepción de la fuente, conviene aclarar el papel de la heurística en su validación y tratamiento; no basta con catalogar las nuevas fuentes históricas: se torna indispensable plantear cómo hacer un buen uso de ellas; para aprovecharlas al máximo, es necesario mantener el binomio heurística-crítica (Matute, 1999). El hilo conductor para la interpretación de las fuentes es el lenguaje, pues por su conducto se aprende a clasificar las sensaciones y a entender el sentido de las cosas dentro de un marco cultural; esta interpretación permite al historiador descubrir la dimensión social del pensamiento y entender el sentido de los documentos al relacionarlos con las condiciones que los rodean, pasando del texto al contexto y regresando de nuevo (Darnton, 2018).

Para algunos teóricos, la historia no es objetiva, debido a que construye sus propios objetos de estudio y echa mano de la teoría de la verdad como congruencia. Sin embargo, especialistas como Agnes Heller, Adam Schaff, Jacques Le Goff o Benedetto Croce se han dedicado a combatir esta postura. Agnes Heller (1982) considera que el problema es la interpretación de la objetividad, en cuanto que se concibe como lo opuesto a la subjetividad, sin embargo, la incluye: separar el *qué* del *cómo* y el *por qué* implica subjetividad; la objetividad, según Heller (1982), debe entenderse como antónimo de imparcialidad. Le Goff (2005) considera que, a pesar de que en el proceso de investigación histórica están presentes la formación del historiador y sus preferencias, la investigación no deja de ser objetiva, debido a las posibilidades que otorga para el contraste.

CONSIDERACIONES FINALES

Se ha mostrado que la discusión para validar el conocimiento histórico sigue vigente; más allá de la complejidad de los objetos de estudio y de los problemas que representa consensuar diferentes versiones explicativas de un mismo hecho, los historiadores deben abonar a la construcción del conocimiento histórico, considerando explicaciones complementarias o incluso contrarias a las propias. Es necesario pensar la historia como una obra inacabada, en perpetua construcción.

Agnes Heller (1982) diría que las respuestas a las preguntas ¿qué pasó? y ¿cómo sucedió?, únicamente pueden darse en plural; por eso, la historia como ciencia está en constante construcción, no solo por el rescate o la revaloración de nuevas fuentes, sino por la necesidad de nuevas interpretaciones sobre el mismo proceso histórico.

A Marc Bloch (1975) le parece absurda la idea de que una serie de fenómenos, sin delimitación previa y con la falta de contemporaneidad como único rasgo en común, sea el objeto de estudio de alguna ciencia; afirmar que la historia estudia el pasado implica tanta ambigüedad como decir que alguna ciencia trata del presente. Se debilita, así, el paradigma de la historia como ciencia del pasado y se fortalecen sus nuevos alcances con connotaciones político-sociales.

Explicar el pasado a través del planteamiento de nuevas preguntas a los mismos procesos es parte de la función social de la historia. Cada generación vuelve a escribirla; eso no significa que las interpretaciones anteriores sean erróneas o poco fiables porque continuamente cambia la explicación de los hechos. La reinterpretación de la historia obedece a las necesidades del presente y toma en cuenta los efectos de los acontecimientos del pasado: toda construcción histórica depende de los criterios de selección del historiador, quien determina qué es importante y qué no.

En este sentido, conviene ampliar la visión paradigmática en el campo de la historia. Edgar Morin propone una postura que cuestiona la *racionalidad simplificada*, que vaya más allá de la consideración teórica-metodológica del paradigma, el cual, en este sentido, puede considerarse como herramienta heurística fundamentada en una epistemología en permanente construcción y reconstrucción, es decir, de crítica y cuestionamiento de su propia racionalidad y fundamentos (Barberousse, 2008).

Este artículo tiene como epígrafe una cita de Stephen Hawking, pues si la física —paradigma de las ciencias modernas— permite diferentes interpretaciones de la historia del universo, entonces se pueden aceptar las diferentes versiones de la historia de la humanidad, sin pretender atacar la objetividad subyacente a cada uno

de los postulados que preceden a las nuevas interpretaciones, con la consecuente ampliación del campo de investigación y las posibilidades interpretativas.

Como se ha expuesto anteriormente, no existe una sola fórmula para hacer historia: son muchas las formas de acercarse al pasado; tal multiplicidad enriquece el carácter plural de cualquier búsqueda de la verdad (Dosse, 2003). Ginzburg (2010: 18) asegura que “lo verdadero es un punto de llegada, no de partida. Los historiadores [...] hacen por oficio algo propio de la vida de todos: desenredar el entramado de lo verdadero, lo falso y lo ficticio que es la urdimbre de estar en el mundo”.

REFERENCIAS

- Araujo, C.; M. A. Álvarez y C. G. Medina (2013). “Verdad y ficción en la Historia: el debate entre Hayden White y Roger Chartier”. *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales-Universidad Nacional de Jujuy*, núm. 43, Jujuy, Universidad Nacional de Jujuy, pp. 33-42.
- Aurell, J. (2004). “Los efectos del giro lingüístico en la historiografía reciente”. *Revista de Filología Hispánica*, vol.20, núm. 1 RILCE, pp. 1-16.
- Barberousse, P. (2008). “Fundamentos teóricos del pensamiento complejo de Edgar Morin”. *Revista Electrónica Educare*, vol. XII, núm. 2, Heredia, Universidad Nacional Heredia, pp. 95-113.
- Bloch, M. (1975). *Introducción a la Historia*. México: FCE.
- Chinchilla, P. (2014). “Las ‘formas discursivas’. Una propuesta metodológica”. *Historia y Grafía*, núm. 43, México, Universidad Iberoamericana, pp. 15-40.
- Darnton, R. (2018). *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*. México: FCE.
- Dosse, F. (2003). *La historia: conceptos y escrituras*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- _____. (2013). “El acontecimiento histórico entre Esfinge y Fénix”. *Historia y Grafía*, núm. 41, México, Universidad Iberoamericana, pp. 15-42.
- Durán, N. (2019). “La historia como saber letrado”. *Revista Fuentes Humanísticas*, vol. 31, núm. 59, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, División de Ciencias Sociales y Humanidades, Departamento de Humanidades.
- Gallegos, J. R. (2018). “La sociología de la producción de noticias como herramienta para la investigación histórica como fuentes documentales mediáticas”. *Signos Históricos*, núm. 40, México, Universidad Autónoma Metropolitana, pp. 312-334.
- Ginzburg, C. (2010). *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*. México: FCE.
- González, L. (2008). *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*. México: Taurus.
- Heller, A. (1982). *Teoría de la Historia*. Barcelona: Fontamara.
- Kent, R. K. (1975). “La magnitud de un pequeño problema histórico”. En Curtis, L. P. (comp.), *El taller del historiador* (pp. 99-122). México: FCE.
- Kuhn, T. S. (2004). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: FCE.
- Le Goff, J. (2005). *Pensar la Historia. Modernidad, presente, progreso*. Barcelona: Paidós.
- Matute, A. (1999). *Heurística e historia*. México: UNAM.
- Morales Abril, O. (2013). “Gaspar Fernández: su vida y obras como testimonio de la cultura musical novohispana a principios del siglo XVII”. En Tello, A. (coord.), *Ejercicio y enseñanza de la música* (pp. 71-125). Oaxaca: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Osorio, N. (2002). “Aproximaciones a un nuevo paradigma en el pensamiento científico”. En Morin, E. *Manual de iniciación pedagógica al pensamiento complejo*. Colombia: Instituto Colombiano de Fomento de la Educación Superior / UNESCO, pp. 38-60.

- Ríos, M. (2009). "De la historia de las mentalidades a la historia cultural. Notas sobre el desarrollo de la historiografía en la segunda mitad del siglo XX". *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, núm. 37, México, UNAM, pp. 99-137.
- Rivero, F. (2013). "El devenir del acontecimiento en la operación historiográfica". *Historia y Grafía*, núm. 41, México, Universidad Iberoamericana, pp. 43-77.
- Schaff, A. (1972). *Historia y verdad*. México: Grijalbo.
- Vansina, J. (1996). "De cómo el reino del gran Makoko y ciertas campanas sin badajo se volvieron temas de investigación". En Curtis, L. P. (comp.), *El taller del historiador* (pp. 239-261). México: FCE.
- Verne, J. (1998). *Los hijos del capitán Grant*. México: Porrúa.
- Walsh, W. H. (1970). *Introducción a la filosofía de la Historia*. México: Siglo XXI.
- Zermeño, G. (2020). "Volver a Hayden White". En *Historia y Grafía*, núm. 55, México: Universidad Iberoamericana, pp. 17-49.

NOTAS

- [1] Se puede refutar la idea de que si fue o no el primero en llegar, o si sabía que llegaba a lo que hoy se conoce como América, pero resulta innegable que Colón pisó a tierras desconocidas por europeos en 1492: sobre ese hecho se pueden ampliar o reinterpretar nuevas explicaciones históricas.
- [2] Desde la Grecia antigua el vocablo *acontecimiento* alude a algo que sucede en un momento dado; a partir del siglo XVII el constructo se refiere a un hecho de cierta importancia que irrumpe en la rutina. Esta acepción se conserva desde entonces (Dosse, 2013).
- [3] El cancionero musical de Gaspar Fernández está integrado por treientos cánticos populares compuestos entre 1609 y 1616; solamente doce están en portugués, la mayoría en español y algunos en náhuatl. También hay textos en vizcaíno, negro o indio, lo cual da cuenta de la presencia de la cultura africana de la época en el territorio novohispano. Este interesante ejemplo también muestra cómo, en años recientes, se ha generado un conocimiento histórico en América Latina que reivindica la cultura y las capacidades creativas de quienes la habitan, con una visión distinta a la eurocentrista.